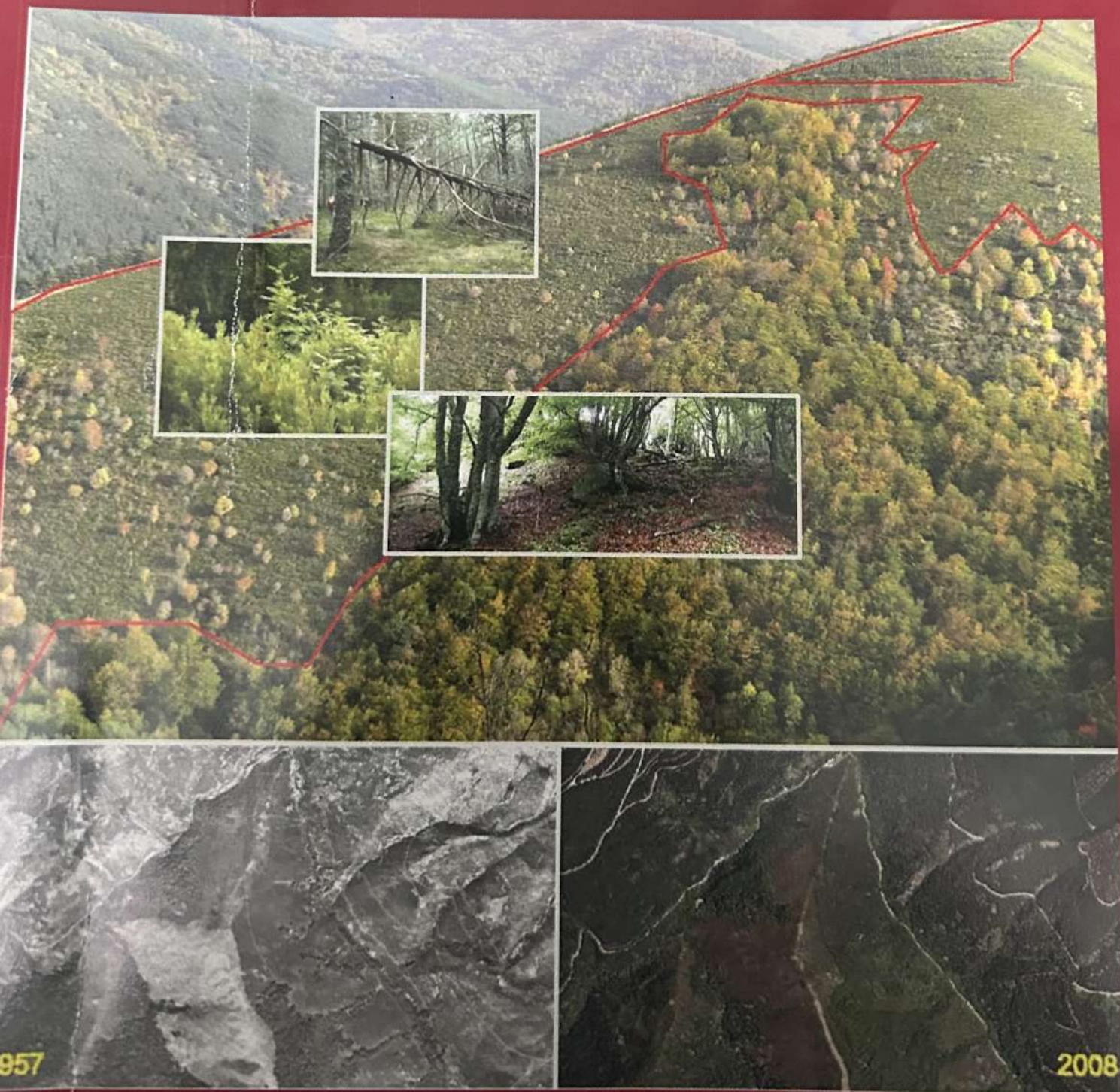


DIAGNÓSTICO SELVÍCOLA

José A. Reque

Elías Bayarri

Froilán Sevilla



957

2008

AGRADECIMIENTOS

Los autores queremos, con este texto, dar las gracias a nuestros maestros.

En primer lugar a aquellos que, en nuestros años de aprendizaje, lo fueron desde la doctrina. No han sido muchos. Apenas un puñado para quienes lo importante no era imbuir, en la mente de sus alumnos, un montón de dogmas y de certezas sino, muy al contrario, hacerles descubrir el mundo del pensamiento y de la duda. Unos pocos espíritus inquietos, fuera de su tiempo, más interesados en la imaginación de los caminos posibles que en el diseño de paseos placenteros a través de sendas seguras. Un grupito de pensadores quienes, como Juan Rúiz de la Torre, Gregorio Montero, José Luís Allué, Rafael Serrada o Alberto Madrigal, nos enseñaron a ser críticos con los paradigmas oficiales, aunque ello supusiera la exclusión de todo brillo mundano.

En segundo lugar, a quienes han sido maestros en la técnica. Un grupo más numeroso, compuesto por hombres y mujeres vocacionales, amantes del territorio, sus procesos, sus paisajes, sus tradiciones y sus gentes. Profesionales ligados a nuestros montes y sus recursos, con sensibilidad suficiente para considerar la opinión de las generaciones que han de venir detrás de las siguientes generaciones. Un amplio elenco de nombres, como el de Antonio Díaz de Paz, Gelu Belinchón, Emilio Escudero o René Courraud, de los que hemos aprendido que lo importante no es una brillante biografía técnica, sino una absoluta comunión con nuestros paisajes, sobre los que posar una visión humanista. De ellos nuestro lema de que nuestra profesión supone, también, tratar con personas, no sólo con árboles o bosques.

También a nuestros muy queridos maestros en la práctica. A todos aquellos que, como Javier Ezquerro, Francisco Cano o Celestino García, nos han acompañado por montes y sierras de medio mundo, han aguantado con estoicismo nuestros eternos y repetitivos debates conceptuales, han aportado, con ilusión y sabiduría, su punto de vista, han compartido con nosotros, de forma generosa, su conocimiento inmenso, pausado y profundo sobre el funcionamiento de los ecosistemas y, la más de las veces, nos han hecho comprender el callejón sin salida en que nos encontrábamos.

Y finalmente, en estos años de madurez, a nuestros maestros pupilos. Ese amplísimo grupo de becarios, estudiantes, tutorados, asistencias, etc. que se acercaron a nuestra sombra con ilusión y esperanza, con afán de aprendizaje y espíritu de superación y que, sin ellos saberlo, han sido manantial fresco en el que hemos bebido muchos de nuestros más dulces tragos. Gentes como Pablo Romero, David López, David Sánchez, Beatriz González, Juan Blanco o José López, que forman parte de una generación de valores sólidos y preparación suficiente para certificar el nuevo escenario, para reconocer, sin miedo, el cambio definitivo del paradigma forestal del siglo XXI.

Por ello, a todos aquellos que estos pocos nombres representan, gracias sinceras.